

LA TARJETA DE VISITA DE MARCELINO CAMACHO

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

LA concentración de trabajadores de todo el país, que el primer sindicato ha logrado reunir en la Casa de Campo madrileña, es como una tarjeta de visita que la fuerza hegemónica sindical envía al palacio de la Moncloa con el objetivo de que el presidente del Gobierno acceda a recibir a sus principales dirigentes; en un momento en que la negociación socioeconómica entre las distintas clases sociales es inaplazable. No se trata, como ha escrito un brillante publicista gubernamental, de una prueba de fuerza ante la que se empieza por señalar "estos son mis poderes", sino, muy al contrario, de evitar que la lucha de clases acabe transformándose en una esterilizante e inmovilizadora guerra de clases.

Esta importante acción de Comisiones Obreras, que sólo es "insólita y sin precedentes" (calificación del portavoz periodístico gubernamental) si nos referimos a la anterior dictadura, pero no a lo que es normal en los países europeos, es todo un éxito en lo que se refiere a la capacidad organizativa y movilizadora de CC. OO. El 14 de octubre, al igual que el 2 de julio, es un indudable triunfo de esta primera organización sindical que da una muy concreta idea de su paso orgánico y de su talla sociopolítica. Sobre todo, teniendo en cuenta los numerosos inconvenientes o handicaps de todo tipo que ha tenido que vencer para reunir, en la mañana de un domingo de un otoño lluvioso, alrededor de doscientos mil trabajadores de todo el país en un momento en que el desencanto político y la desmovilización social causa estragos en las filas del movimiento obrero.

Pero esta victoria va acompañada de una no menos decisiva derrota. Ningun-

na otra central sindical de importancia, si hacemos excepción de minúsculas organizaciones de extrema izquierda, se ha sumado a esta convocatoria. La unidad de acción ha quedado, una vez más, quebrada por la negativa de UGT, firme en su nueva trayectoria sindical, y de USO, inmersa en los preparativos de un próximo Congreso que habrá de dilucidar serios problemas internos, como la anunciada dimisión de su principal líder. La soledad de CC. OO. es total, puesto que, además, rechaza el ir de la mano de los extremistas, que ya han lanzado una convocatoria de huelga general inoportuna e improcedente en las circunstancias actuales por las que atraviesa el mundo sindical.

El "test" de Renfe

Sin embargo, ello no era inesperado. Ya señalábamos en julio, a propósito de la jornada del día 2 del mismo mes, que lo que estaba sucediendo no era más que un ensayo general para este otoño, en el que la derecha intenta imponer el plan económico gubernamental y el pacto social imprescindible que lo haga viable y factible. UGT, entonces, rehusó participar en el paro del 2 de julio y en la jornada de lucha en el campo del 27 de dicho mes. Nadie ahora puede acusar de inconsecuentes o incoherentes a estos dirigentes por oponerse a la concentración del 14 de julio y a las movilizaciones que la precedieron; donde destaca con especial relieve su negativa a secundar la huelga en Ford España ante el despido de más de ochenta trabajadores, entre ellos muchos cualificados dirigentes o cuadros sindicales (en esta multinacional norteamericana casi la mita del Comité de Empresa se en-

uentra despedido o sancionado). Así, la soledad de CC. OO. es posterior a estos hechos y anterior a otros que están a la vuelta de hoja de calendario y que encierran un auténtico valor de "test".

Entre éstos sobresale ya la batalla que está desarrollándose en el seno de Renfe. La convocatoria de dos nuevas huelgas, después de la realizada el 3 de octubre, para el martes que viene y el último día de este mes y los dos primeros de noviembre, no es apoyada por el sindicato socialista, que, además, denuncia su posible ilegalidad al haberse aprobado en el Comité de Empresa sin la mayoría de los dos tercios, pero con el apoyo de todos los sindicatos menos UGT. Y esta batalla es decisiva porque, al igual que ocurrió el año anterior, la próxima negociación colectiva —la discusión de unos dos mil quinientos convenios— se inicia en el ferrocarril con la polémica sobre el contenido del anterior convenio. Si el Gobierno falla en su intento de defender los topes salariales, que el movimiento obrero busca romper, las repercusiones pueden ser enormes. Es preciso tener en cuenta que Renfe ocupa alrededor del 1 por 100 de la población activa no parada.

Pulso decisivo hacer saltar o no los topes, porque el portavoz gubernamental anunció recientemente la posibilidad de que el Gobierno impusiera nuevos topes salariales en un supuesto desenlace negativo de las conversaciones entre los empresarios y los sindicatos. Baste tan sólo señalar que la presente dificultad gubernamental en los ferrocarriles deriva de su última derrota en la cuestión de los techos salariales para comprender la importancia de la lucha que se está librando. De ahí que la actitud que cada sindicato

mantiene en este conflicto es sumamente significativa y sintomática. Un dato a no olvidar, en todo este tenso conflicto, es que esta empresa pertenece al INI, quien el pasado 28 de septiembre decidió asumir los acuerdos entre la CEOE-UGT.

Una dicotomía bizantina

Más sería profundamente errónea, como intencionadamente presenta la derecha, deducir de estas diferencias sindicales una supuesta dicotomía entre una ala negociadora y otra ala movilizadora del movimiento obrero. Sería una dicotomía bizantina, aparte de calumniosa para las dos centrales sindicales mayoritarias, porque no hay posibilidad de acción sindical que no esté basada en la relación dialéctica que une a la presión con la movilización. Presentar a unos sindicatos como dialogantes y a otros como agitadores no es más que un cliché o estereotipo propagandístico que manejan quienes quieren manipular a una de estas fuerzas sindicales. Lo que diferencia a las centrales sindicales no es este dilema artificial. En absoluto. Es una distinta valoración de la crisis económica y la situación política.

Para UGT es preciso negociar con urgencia un convenio marco, que la derecha asume positivamente, traduciéndolo como un pacto social; reformar el Estatuto de los trabajadores presentado por el Gobierno, dado que la iniciativa legislativa está en manos de la derecha, con una serie de enmiendas pactadas con anterioridad con la CEOE (según información de la agencia Efe, no desmentida por los interesados, y circular interna de la entidad empresarial); pactar esencial-

mente con las grandes empresas, donde, no por casualidad, reduce considerablemente sus distancias con el primer sindicato, olvidando un océano de pequeñas y medias empresas, donde su presencia es mucho más menguada, y esforzarse, sobre todo, por lograr la devolución del patrimonio histórico sindical. No tienen razón ELA-STV cuando acusa a los "ugetistas" de pactos secretos con los empresarios o con el Gobierno, ni la extrema izquierda cuando el domingo en la Casa de Campo coreaba: "UGT, UGT, el plu-

ta únicamente de negociar un convenio, sino de abordar de frente la grave crisis económico-social que padece el país, lo que implica rechazar un plan económico que no da ninguna salida ni distribuye equitativamente su coste entre todas las clases sociales, sino que centra todo su peso sobre los trabajadores y la pequeña y media burguesía; rechazar el Estatuto de los trabajadores redactado por el Gobierno y elaborar un texto apoyado por socialistas-comunistas, dado que en el mundo obrero la mayoría aritmética parlamentaria gubernamental es

que es el Partido Comunista quien, en virtud de una serie de circunstancias que no vienen al caso, asume la línea de CC. OO.

Un reto a CC. OO.

Lógicamente estas dos líneas dispares, que no excluyen el entendimiento ni la unidad de acción, no reciben la misma respuesta por parte de la derecha. De un modo abiertamente descarado el Gobierno responde "apadriñando" la postura de UGT en un sentido publicitario y político-legislativo —lo que

ción y la desesperación. Cualquier paso en falso o error de los dirigentes de Comisiones lo va a pagar con creces el primer sindicato del país. Porque, además, en este cerco sindical se persigue también un objetivo político: quebrar la primera organización social, de masas, controlada por comunistas. La política de aislamiento del PCE, que no ha hecho más que empezar, necesita del debilitamiento de CC. OO. Necesidad que también se hace palpable, desde el punto de vista de los intereses de la derecha, de cara a proporcionar una base obrera mayoritaria al proyecto socialdemócrata y, por orden que no por importancia, de cara a imponer su salida económica.

Es por todo ello que la tarjeta de visita de Marcellino Camacho aparece como devaluada. Su fortaleza social, a la vista está, es semianulada por su debilidad política. De nuevo, como en julio, el balance global de esta movilización apunta a un empate transitorio entre el primer sindicato y el primer partido del país. Estas tablas que aparecen en el marcador de la lucha de clases, fortaleza social y aislamiento político, deterioran el valor de la tarjeta que CC. OO. ha remitido al palacio de la Moncloa. A pesar de ello, no tardarán los hombres de Comisiones Obreras en recibir una dura respuesta.

No obstante, esta contes-tación y ofensiva anti-CC. OO tiene un enorme handicap: el profundo arraigo de esta organización en el seno de la clase obrera. Su pasado es toda una advertencia de su capacidad de encajar maniobras. Por ello el 14 de octubre tenía todo el "antiguo sabor de los viejos tiempos" —27 octubre de 1967 y 27 enero de 1968— y el ambiente registraba la recuperación de las mejores características de este movimiento obrero. De ahí que el reto de la derecha fuese acogido con el grito "aunque moje, CC. OO. no encoga". Falta le va a hacer porque le van a caer chuzos de punta. ■



Camacho y Fidel Alonso se dirigieron a los trabajadores concentrados en la Casa de Campo madrileña el domingo 14. A la izquierda, parcialmente visible, el perfil de Julián Ariza; derecha, Eduardo Saborido.

mero se te ve". No tienen ningún sentido hablar de traición, puesto que se trata de una línea sindical claramente alineada con el proyecto político del PSOE. Aunque algunos sectores del sindicato socialista, como algunas organizaciones del Bajo Llobregat y de Granada, llamen a la unidad de acción con CC. OO. —y de algunas posturas de algunos dirigentes, como Luis Alonso Novo, que acaba de ser expulsado del PSOE veinticuatro horas después de que se consumara la derrota de los marxistas en el Congreso extraordinario—, esta es la posición que hoy es hegemónica en la Unión General de Trabajadores.

Muy diferente es la óptica de Comisiones Obreras. Para el primer sindicato no se tra-

ampliamente superada por la mayoría política de los comunistas y los socialdemócratas; pactar prioritariamente con la pequeña y media empresa, que se ve gravemente lesionada por los monopolios y las multinacionales, negociando previamente con ella y todos los sindicatos antes de entrar en la negociación con la CEOE, y esforzarse por obtener la devolución de todo el patrimonio sindical —el histórico y el acumulado— para que todas las organizaciones sindicales puedan competir democráticamente sin la prima gubernamental que supondría adelantar o retrasar uno u otro tipo de patrimonio. En síntesis, es una línea sindical muy próxima a los planteamientos políticos del PCE, aunque quizá sea mucho más correcto indicar

go favorece en nada al sindicato socialista, que nunca ha tenido ni tiene nada de "amarillo" — e intentando emparedar a CC. OO. en un "sandwich" entre UGT y UCD. La misma maniobra que a nivel político intentó acercar al PSOE en el bienio anterior —un "sandwich" entre PCE y UCD— es ahora repetida a nivel sindical.

Romper o deteriorar al máximo la hegemonía sindical de Comisiones Obreras es uno de los principales objetivos políticos de la derecha. Y para ello la principal arma va a consistir en la provocación, aprovechando el clima de angustia que hoy vive la clase obrera. De un modo u otro, a través de múltiples estrategias, CC. OO. va a ser empujada hacia la radicaliza-